



Cuento Mágico

Por Teresa Pérez Landa

Valentina era una insaciable lectora desde que era muy niña: siempre que su padre volvía de los lugares que visitaba por sus continuos viajes de trabajo como comerciante le traía un libro, de modo que había leído a autores de casi todos los rincones del mundo a muy corta edad. Ya no era tan niña, pero seguían manteniendo esa preciosa costumbre, incluso a veces leían juntos por las noches y disfrutaban enormemente de cada palabra. Valentina pensaba que los libros eran pura magia,

gracias a ellos podía volar a distintos países, conocer a personas a las que de otro modo jamás habría conocido, saber de historias que poco o nada, otras veces mucho, tenían que ver con su propia vida.

De su último viaje, en esta ocasión a tierras rusas, su padre le había traído un libro de cuentos tradicionales. La encuadernación del libro era en sí misma fascinante —pensó Valentina—, cuero escarlata y letras de oro. Al pasar la mano por aquellas letras podía notar las hendiduras de la imprenta en el cuero, y al abrirlo y olerlo, ahí estaba, ese olor tan característico de los libros al que deberían declarar bien inmaterial de la humanidad. Olor a otras vidas. Esa misma noche, aunque su padre ya se había dormido, abrió el libro, no podía esperar más, no podía tener un libro nuevo y no comenzar a leerlo. Pero esta vez, todo sucedió de forma distinta. Leyó, y a cada palabra, un sueño muy profundo se iba apoderando de ella hasta que cerró los ojos. De pronto ya no estaba dormida, y una puerta que nunca había estado en su habitación se veía con total claridad, de la puerta escapaban haces de una luz muy intensa y blanca; se acercó con cautela hasta la puerta y entonces la abrió, al otro lado había un bosque igual al del cuento que había comenzado a leer. ¡Estaba dentro de su cuento! Aquella iba a ser su primera verdadera aventura y no iba a dejarla pasar. Dejó atrás la puerta y comenzó a andar hacia el espeso bosque...